

Recordar y reconocer



Nieves Blanco
Profesora del
Departamento
de Didáctica y
Organización
de la UMA

Me produce una gran tristeza cuando leo o escucho las descalificaciones, globales y totalizadoras, que se están haciendo al profesorado; son oportunistas, muy interesadas, y reflejan una visión miope y mezquina de la labor que el profesorado hace, para la sociedad y para cada una de nosotras y cada uno de nosotros.

ES MIOPE la visión de quienes deben cuidar lo público, lo que es necesario y adecuado para la sociedad en su conjunto y para cada uno de sus miembros, pero ninguno y desprecian la tarea de transmisión-renovación cultural y de civilización que se hace en las escuelas. Y es mezquina porque olvidan que –para ser quienes son– ha habido docentes que les han enseñado a leer, a escribir, a disfrutar de un libro, a interpretar el mundo, a medir sus fuerzas, a atreverse a correr riesgos, a convivir... Solo la mezquindad, o la soberbia, nos puede hacer olvidar la contribución de quienes nos han ayudado a ser, a saber, y que ahora lo hacen con nuestras hijas y nuestros hijos.

La docencia es un oficio necesario, complejo y exigente. Para desarrollarlo es necesario saber, saber enseñar y, como levadura imprescindible y esqui-va, amor: amor por lo que enseñamos, por las alumnas y alumnos, y por el mundo común en que todos vivimos, que nos abre a la escucha, a la preocupación real por cada estudiante, a la capacidad para verlos, atenderlos, apremiarlos, saber esperar... Una maestra, un maestro (que es a lo que aspira en convertirse todo docente) es alguien que te hace sentir que tienes todo el tiempo para descubrir y para irte descubriendo, decía María Zambrano. Alguien que te entiende y que te piensa mejor de lo que eres, que es capaz de llevarte más allá de donde estás, que confía en ti y en esa confianza te apoya para moverte. Por eso le parecía que era una gran desgracia no tener maestro, porque eso significa la orfan-



dad vital de no tener a quien preguntar y, sobre

todo, no tener ante quien preguntarse. Algo que, si siempre es necesario, me parece que hoy es aún más urgente e imprescindible.

Recordar y reconocer la tarea de las maestras y de los maestros que nos ayudan, que nos han ayudado a ser quienes somos, nos restituye de la mezquindad, y los sitúa a ellos en el verdadero lugar que han tenido para nosotros. Reconoce que este oficio, como escribió una maestra italiana, tiene que ver con el alma de las personas implicadas. Y quienes nos dedicamos a la enseñanza debemos aprender a hacernos cargo de esta maravillosa y frágil cualidad de nuestra tarea: que nuestra obra está viva, que vive en las vidas de nuestros estudiantes, con cualidades que a menudo no conocemos ni tendremos la oportunidad de conocer. Pero ahí están, incluso en quienes reniegan de nosotros y olvidan que

estuvimos a su lado; a veces dejando una huella dolorosa.

Porque lo que hacemos y lo que decimos dejan huella. Nuestra palabra daña y cura, abre abismos y pone en camino del ascenso a cumbres. Y es imprevisible el efecto sobre el porvenir de cada estudiante. Por eso nuestra tarea requiere cuidado, sensibilidad y el valor necesario para no renunciar, para asumir nuestra responsabilidad sobre la gente joven.

Para quienes aspiramos a ser maestras/os para algunos de nuestros estudiantes, es importante no dejarnos atrapar por esta espiral negativa, interesada, que debilita nuestras energías, nuestro deseo de enseñar, que desvía nuestra mirada de lo que sabemos que es fundamental porque lo vemos reflejado en las caras y los cuerpos de nuestros estudiantes: saber mucho, tener pasión por lo que enseñamos, llegar contentos a clase, estar cerca de las preocupaciones de nuestros estudiantes, de sus temores, sus ilusiones, tratar de dar a cada una y cada uno lo que necesita. Y hay muchas trampas que sortear para que lo urgente no sepulte a lo importante, para que la preocupación no tapone la alegría, para que la incertidumbre no se deslice hacia la indiferencia...

No me parece que sea mucho pedir, a quienes tienen responsabilidades públicas (y a las familias), poder compartir la tarea común de hacer viable el bien máspreciado y precioso que tenemos: la vida de nuestras hijas y de nuestros hijos.